

FAUS.—Si no tuviera más que meses, no serviría.

TULA.—Cierto. Claro que le temo algo a su avaricia...

FAUS.—Esa es la riqueza para usted.

TULA.—Cierto. Claro que es un poco egoísta...

FAUS.—Así la apreciará a usted más.

TULA.—Y de mí, sé que no ha guardado buenas ausencias...

FAUS.—Prueba de cariño.

TULA.—¿El hablar mal de uno...?

FAU.—Sí, señora. El egoísta verdadero, el legítimo, el que puede presentarse como modelo de egoísmos, no dice que es mala solamente la fruta a que él no puede alcanzar, sino que también dice que está verde o que está pasada la que él alcanza, para que otro no se la coma.

TULA.—¿Y usted cree que yo seré su fruta?

FAUS.—Con seguridad.

TULA.—Temo que no me quiera mucho...

FAUS.—¿Por qué? Usted es merecedora de todos los afectos, y contentándose los tendrá usted... No llego hasta jurar que el de ustedes sea un idilio, un éxtasis, entre otras razones porque la pasión es la obra de arte del amor, y aunque hay muchos enamorados y muchos artis-

tas, las grandes pasiones y las obras de arte son contadísimas.

TULA.—Yo no pido tanto.

FAUS.—Pues pidiendo poco, hallará usted siempre más de lo que pida.

TULA.—¿Entonces me caso...?

FAUS.—Cásese usted.

TULA.—¿Con don Reverencias...?

FAUS.—¿Hay otro...?

TULA.—No.

FAUS.—Pues con don Reverencias: me parece el mejor de los que usted indica. ¿Vamos...?

TULA.—Por aquí un momento. No vayan a notarme la emoción.

FAUS.—Notarian un encanto más.

TULA.—¡Lástima que sea usted casado, don Faustino...!

FAUS.—¡No, eso no! ¿Vamos...?

TULA.—Sí...

(Mutis Tula y Faustino por la galería.)

ESCENA XVIII

Gloria y Joaquín por izquierda

GLO.—Bueno, pues aquí. ¿Ves cómo no soy

arisca y accedo gustosa a estos cinco minutos de charla sin testigos...?

JOA.—¡Eres adorable!

GLO.—Cediendo, lo somos siempre.

JOA.—¿Y antes, por qué los negabas?

GLO.—Por tu culpa. Cuando te acercas con la cara grave, adivino que es algo enojoso lo que vas a decir, y huyo; cuando vienes risueño, me figuro que es agradable lo que piensas, y yo misma entro en curiosidad de oír pronto eso que será agradable.

JOA.—Confieso mis torpezas, y sentiría que me juzgaras por ellas.

GLO.—No tengas cuidado por tu reputación de listo: hay algunas tonterías que no las pueden hacer los tontos.

JOA.—¿Me perdonas...?

GLO.—A condición...

JOA.—¡Sí, sí! ¿Me dejas decirte mis alegrías, mis esperanzas, mis ilusiones...?

GLO.—Habla, habla cuanto quieras.

JOA.—¿No temes que diga demasiado...?

GLO.—¿Por que hables mucho...? No. Las conversaciones entre hombre y mujer no empiezan a tener peligro sino cuando se quedan callados.

JOA.—Entre nosotros, ni aun así. Mis propósitos son muy leales y muy honrados.

GLO.—Peor, los honrados son los únicos que caen: los otros ya han caído.

JOA.—Apartemos las malicias, que en mi afán inagotables de respetos para ti, si yo pudiera, ni las palabras de otros hombres escucharías.

GLO.—Ay, ¿pero tú crees que las malicias las aprendemos de los hombres? No; de las mujeres. Por regla general, hace más daño una amiga íntima que un amigo cortejador. Lo que ellas dicen, mucho o poco, siempre es claro: lo que decís vosotros, poco o mucho, siempre va envuelto en un doble sentido, y para adivinar el alcance de lo que insinúan algunos hombres, es preciso que antes hayamos oído lo que nos dijeron, sin rebozo, algunas mujeres.

JOA.—De ellas es más difícil apartaros. Pero dejemos al resto de los mortales para saborear únicamente la felicidad que tengo y la que aguardo.

GLO.—¿Será afectuoso...?

JOA.—¿Me permites una pequeña demostración...?

GLO.—No. ¿Tendrás celos?

JOA.—¡De nadie! No acercándose a tí...

GLO.—¿No rabiarás...?

JOA.—Nunca. Vamos, casi nunca...

GLO.—Y estos mandamientos se encierran en dos...

JOA.—Amar a su mujercita sobre todas las mujeres...

GLO.—¡Nol! Sobre todas, no; únicamente.

JOA.—Y al prójimo...

GLO.—Dejarlo tranquilo.

JOA.—Eso es de buen hacer.

GLO.—Y cumpliendo un programa tan sencillo, tendremos arreglado el problema de la vida y seremos dichosos en el mundo, en ese mundo que empieza en tí y acaba en nosotros dos.

JOA.—¡Ahora a señalar la fecha!

GLO.—En Septiembre estamos: para el próximo Septiembre...

JOA.—¡Un año! ¡Tú estás local!

GLO.—No va a ser un escopetazo.

JOA.—Y aunque lo sea: avisando, no asusta a nadie el tiro. Con tres meses hay de sobra.

GLO.—Bien. Si el día de año nuevo no hemos reñido otra vez...

JOA.—¡Nos casamos!

GLO.—No. Ese día se marca la fecha.

JOA.—(Incomodado.)—¿Y esperar aún más...?

GLO.—Joaquín...

JOA.—Eso es burlarte de mí.

ESCENA XIX

DICHOS: TULA y FAUSTINO en la galería

GLO.—Joaquín...

JOA.—Y yo no estoy dispuesto a tolerarlo. ¿Señalas definitivamente la fecha?

GLO.—No...

JOA.—Pues hemos terminado, que veo tu voluntad de tomarme por muñeco de feria, y no lo aguanto.

GLO.—Piénsalo...

JOA.—Piénsalo tú también. Que ya es hora de terminar este zarandeo y esta diversión que traes conmigo.

FAUS.—(A Tula.)—¡Qué noche tan hermosa!

JOA.—(Sin hacer caso.)—Y si te has creído que vas a dominarme, te equivocas de medio a medio, porque soy muy capaz de tomar el tren y largarme de España, y...

FAUS.—(Fuerte.)—¡¡Qué noche tan hermosa!! (Suavemente.) ¿Verdad, señora?

TULA.—Divina...

(Gloria les mira, sin moverse del sitio.)

JOA.—Y... y...

GLO.—¿Tomas el tren y...

JOA.—No. Y...

GLO.—Y...

JOA.—Y el día de año nuevo...

GLO.—¿Qué sucede...?

JOA.—Señalas tú la fecha, si te parece...
(Gloria se ríe, Joaquín riendo, pero aconejado.)
Eso es...

(Pausa; ríe francamente.)

GLO.—¿De qué te ríes?

JOA.—De mí.

GLO.—De los dos será mejor.
(Rien los dos.)

FAUS.—Se rien...

TULA.—¿De qué. ?

FAUS.—No sé...
(Se ríe.)

TULA.—¿Y usted...?

FAUS.—Tampoco. (A Tula, que se ríe.) ¿Y usted...?

TULA.—¿Yo...? Por contagio, por gana de reír...

FAUS.—Eso es: nos reimos de risa. Nada más...

GLO.—Pues si yo mando y tú obedeces, el día de año nuevo será la boda.

JOA.—¿De veras?

(Se cogen de las manos y rien los dos)

FAUS.—El verlos camino de la felicidad a los dos, da mucha satisfacción. Vamos, da mucha risa...

TULA.—Comprendo, comprendo...

(Los dos rien)

ESCENA XX

DICMOS: FEDERICO por la izquierda

FED.—¡Don Faustino...! ¡Don Faustino...!

(En voz baja y con signos de gran secreto.)

FAUS.—¿Qué pasa?

FED.—No sé qué pasa. Aurorita habla con Lanzadeira... ¡¡Y Lanzadeira se ríe...! ¡¡Chiss!!

(Poniéndose el dedo en los labios para marcar silencio, de puntillas se acerca a la izquierda, invitando a Faustino a que mire.)

FAUS.—Otro que lleva rumbo de dichoso...

TULA.—Comprendo, si señor...

FAUS.—Si la humanidad supiera el don inapreciable que es la risa, más reiría... y de más cosas.

(*Riendo todos, insistiendo Federico en llamar a Faustino, Gloria y Federico cogidos de la mano.*)

TELÓN

PERSONAJES

CATALINA DE EXOR, LADY GODIVA
SEÑORA I.
IDEM 2.
IDEM 3.
ROSA
MURER I.
IDEM 2.
EL DUQUE DE BORINCOR
EL BUFÓN
LORD GODIVA
EL ALCALDE
JORG
CATALINA

LADY GODIVA

Leyenda histórica en cuatro jornadas en verso, estrenada en el TEATRO ESPAÑOL el día 15 de Enero de 1912.

Ballarinas, soldados, frailes, monjes y pueblo
LA ACCIÓN EN LA VILLA DE COVENTRY (INGLATERRA), EN EL SIGLO XI, DURANTE EL REINADO DE EDUARDO III EL CONFESOR.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA